

## A TRAVÉS DE UN ESPEJO.

**Introducción.** Cuando San Pablo nos habla de su experiencia de encontrar a Dios en medio de su cotidianidad, y la capacidad de reconocer a Dios en el camino de su vida, nos habla de verle como el que mira en un espejo. Nos explica que hay una procesualidad en nuestra capacitación para crecer en la fe. La mirada de fe crece, se entrena. Los cristianos nacemos por la gracia y los regalos de Dios, la fe siempre es un «don». Pero necesita de la «tarea», nos vamos haciendo, con la colaboración humilde en la obra que siempre comienza Dios con su iniciativa misericordiosa. Por eso descubrir los caminos a recorrer es necesario para crecer en nuestra vida de fe.

***“Porque conocemos a medias, profetizamos a medias; cuando llegue lo perfecto, lo parcial será eliminado. Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; al hacerme adulto, abandoné las niñerías. Ahora vemos como enigmas en un espejo, entonces, veremos cara a cara. Ahora conozco a medias, entonces conoceré tan bien como soy conocido. Ahora nos quedan: la fe, la esperanza, el amor: estas tres. La más grande de todas es el amor”. 1ª Cor 13,9-13.***

Vivimos en un proceso continuado de crecimiento, a nivel humano y también en nuestra vida de fe. La etapa de la infancia espiritual, y humana está marcada por un visión del mundo idealizada y ingenua. La vida es un gran juego, en el que casi no hay peligros, y si los hay emergen las figuras protectoras de nuestros padres que nos salvan. La infancia en la fe es acoger lo que nos dicen nuestros padres, y educadores. Dios es bueno, es un padre que nos cuida y nos lleva al cielo. Rezamos cerrando los ojos, juntando las palmas de nuestras manos y aprendiendo oraciones de memoria. Pero cuando crecemos y empezamos a ver la vida con su dureza se nos cae una determinada idea de Dios y ponemos en crisis todo lo que antes creíamos. Si Dios es bueno, ¿por qué tantas desgracias, tantos sufrimientos, y tantas situaciones que son de muerte y de dolor? Hay momentos de crisis que se convierten en privilegiadas ocasiones de crecimiento y de madurez.

Hacernos adultos en la fe supone aceptar vivir cada día cimentando nuestra vida en la presencia de Dios. No en seguridades nuestras o en certezas basadas en ideologías. A veces vivimos la idolatría de poner nuestra confianza en personas, instituciones, ritos, y prácticas, pero que nos alejan del trato personal y amoroso con nuestro Dios. Nos gustaría tener evidencias de la acción de Dios, pruebas irrefutables, demostraciones empíricas. Pero no hay nada que nos haga más maduros que ejercitar la confianza. Vivir la búsqueda diaria de nuestro encuentro personal con Jesús que nos posibilite hacer su voluntad, el camino que hace adulta nuestra fe, y que sea capaz de afrontar los embistes, las dificultades y las tormentas en la que nos vemos envueltos.

***Lo que Dios nos dice. “No todo el que me diga: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de Dios, sino el que haga la voluntad de mi Padre del cielo. Cuando llegue aquel día, muchos me dirán: ¡Señor, Señor! ¿No hemos profetizado en tu nombre? ¿No hemos expulsado demonios en tu nombre? ¿No hemos hecho milagros en tu nombre? Y yo entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, vosotros que hacéis el mal. Así pues, quien escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a un hombre prudente que construyó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, crecieron los ríos, soplaron los vientos y se abatieron sobre la casa; pero no se derrumbó, porque estaba cimentada sobre roca. Quien escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a un hombre sin juicio que construyó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, crecieron los ríos, soplaron los vientos, golpearon la casa y ésta se derrumbó. Fue un derrumbamiento terrible.” Mt 7,21-27.***

No nos conoce el Señor cuando nuestra seguridad la buscamos en nuestras propias fuerzas y no en sus manos que nos sostienen. La vida siempre está asociada a los cambios, a lo efímero, a la fragilidad. Y nosotros empeñados en hacernos los duros, los fuertes, los capaces y los que todo lo controlan. Se sale de la niñez poniendo el cimiento de nuestra vida en la fidelidad y en la misericordia de nuestro Dios.

***“Así no seremos niños, juguete de las olas, zarandeados por cualquier ventolera de doctrina, por el engaño de la astucia humana, por los trucos del error. Al revés, con la sinceridad del amor, crezcamos hasta alcanzar del todo al que es la cabeza, al Mesías”. Ef 4,14-15.***

Alcanzar del todo al que nos conoce y nos recuerda continuamente el valor y la identidad nueva que nos da a nuestras vidas. Somos como el que mira a un espejo, y lo que ve es lo divino que nos habita. El espejo nos devuelve la imagen de hijos de Dios. Yo muestro mi vida mediocre, cansada, con el dolor de quien experimenta el fracaso. Y el espejo de Dios, la fe, me devuelve mi propia imagen transfigurada, que muestra el tesoro que se disimula tras el barro.

***“Más todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu”. 2ª Cor, 3,18.***

**Cómo podemos vivirlo.** Crecer en la fe y hacernos cristianos maduros es una tarea de toda la vida. Y tener paciencia y confianza en el camino es fundamental. Rodearnos de hermanos y hermanas que nos acompañan es un lujo. La comunidad es el terreno ideal para desplegar al máximo las capacidades y los talentos que Dios nos ha dado. Somos más divinos de lo que pensamos, tenemos capacidad de desplegar un amor que no somos capaces ni de intuir. Hay proyectos que nos están esperando, y que al descubrirlos se pueden convertir en el sentido de nuestra vida. Ojalá que nuestra comodidad y pereza no nos roben vivir el sueño grande, y nos conformemos con proyectos ridículos.